

Si te quedas en Morella...

Si te quedas en Morella

© 2020 Teresa Cameselle

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdesedaeditorial
[@librosdeseda](https://twitter.com/librosdeseda)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Imágenes de cubierta: © Kristina Strasunske/Arcangel Images (chica con trenza);

© lunamarina/Shutterstock (vista de Morella);

© Vibrant Image Studio/Shutterstock (cielo de Morella)

Depósito legal: M. XXXXX-2020

Primera edición: septiembre de 2020

Galardón Letras del Mediterráneo. Otorgado por la Diputación de Castellón.



ISBN: 978-84-17626-42-6

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

TERESA CAMESELLE



Si te quedas en Morella...

Libros de
seda

Navidad de 1999



Prólogo

El letrero del pasillo indicaba que el doctor García no pasaba consulta aquel día y derivaba a sus pacientes al consultorio número dos. Sara ayudó a su madre a sentarse en la hilera de sillas de plástico y se acercó a la puerta de la enfermería.

—Isabel Esteve —anunció—. Tenemos cita con el doctor García a las diez.

—Esperen.

La enfermera ni siquiera levantó la vista de los historiales que estaba ordenando para contestarle. Sara se dio la vuelta y fue a sentarse junto a su madre, forzando una sonrisa para disimular la angustia que le provocaba su respiración sibilante. Había insistido en ir caminando porque solo eran un par de calles de casa al centro de salud, pero había llegado agotada. Cuando bajó la vista para que no notara su preocupación, se fijó en que tenía los tobillos hinchados.

—La enfermera es nueva, parece que hay muchos cambios hoy —le dijo, solo por distraerla.

—¿Te ha dicho quién es el médico que nos va a atender?

—No. Solo que esperemos. No sé si es siempre tan amable o es que está muy apurada con tantos pacientes —dijo con aquel sarcasmo que sabía que divertía a su madre.

En realidad no había nadie más esperando, aunque la puerta cerrada de la consulta indicaba que probablemente había un paciente dentro. Sara miró su reloj y calculó que podría volver al trabajo antes del descanso del mediodía. Respondiendo a sus conjeturas, la puerta se abrió y salieron dos personas, que cerraron a sus espaldas.

—Podía haber venido sola —dijo su madre, a la que no se le escapaba su impaciencia—. Seguro que tienes mucho trabajo.

—De eso nada —respondió Sara, colocándole la solapa del abrigo. La tela aún estaba fría por el aire del exterior—. Creo que vamos a tener unas navidades nevadas. —Su madre se estremeció y Sara le agarró las manos, le quitó los guantes que aún llevaba y le frotó los dedos helados—. Me gusta Morella cubierta de nieve, parece un escenario de película.

—¿Crees que tardará mucho? —preguntó su madre, sin dejarse distraer por sus divagaciones.

—No, no creo. Y, por suerte, no tenemos a nadie más delante.

Oyeron el arrastrar de los zuecos de la enfermera, cómo abría la puerta y se disculpaba en voz alta ante el doctor por el expediente que había tardado tanto en encontrar. Sara cruzó los dedos para que fuera el de su madre y no las hicieran esperar más. No le gustaba estar allí, le molestaba todo de las consultas médicas: el olor amargo a medicina, las paredes blancas, las enfermeras distantes. Antes se ocupaba de todo su padre, siempre pendiente de la salud de su madre. Tan pendiente, que había ignorado la suya propia hasta que fue demasiado tarde.

—Pasen por aquí —dijo la enfermera, apareciendo por la otra puerta, la que daba acceso directo a la consulta del médico.

Llevaban meses con revisiones y pruebas, pero aquel día era el definitivo, por fin su médico de cabecera había recibido los resultados remitidos por el cardiólogo de Castellón, pero en vez de al amable y usual doctor García, tendrían que oír el diagnóstico de un desconocido. Sara masculló una plegaria y ayudó a su madre a levantarse. Isabel se lo agradeció con una sonrisa que acentuaba sus profundas ojeras.

—No te preocupes tanto —le dijo, dándole una palmadita en la mano que la sujetaba por el codo.

—No me preocupo, mamá, sé que el doctor García es un gran profesional y te va a curar —dijo Sara, esperando que la ausencia de su médico habitual fuera solo cosa de un día.

—El doctor García no estará durante una temporada —aclaró la enfermera, haciéndose a un lado para dejarlas pasar. Sara llegó a ver el rostro del nuevo médico antes de que anunciara su nombre—. Ahora las atenderá el doctor Miralles.

Se quedaron las dos paralizadas en la entrada, como si una puerta invisible les impidiera el paso. El doctor tenía la cabeza inclinada sobre el expediente que la enfermera le había llevado, pero levantó la mirada al notar las suyas y el silencio que se había hecho de repente. Se quedaron así durante unos segundos que se hicieron eternos, mirándose los tres, él bastante menos sorprendido que ellas, quizá porque ya había leído el nombre en los informes médicos; o, simplemente, porque sabía que aquel encuentro se habría producido tarde o temprano, ya fuera en el centro de salud o en las calles de Morella.

Sara miró a su madre, que se había vuelto para dirigir hacia ella sus ojos interrogantes. No podía articular palabra. Ninguno de los tres podía, y fue la enfermera la que decidió por ellos.

—Pasen, pasen —las apuró—. Siéntense aquí.

Caminaron obligadas, remisas, aceptando el mandato implacable de la enfermera, que se volvió sorprendida cuando el médico salió de detrás de su mesa y se acercó a tomar la mano de la enferma.

—Isabel... Cuánto tiempo...

—¿Javier? —preguntó ella, incapaz aún de creer que lo tenía delante—. ¿Eres tú de verdad?

—El mismo —dijo él, con una sonrisa que formó unas suaves arrugas alrededor de sus ojos azules.

Cuando se volvió hacia Sara, ella estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo de la consulta. No parar de correr hasta estar a salvo en su casa. No estaba preparada para verlo de nuevo. No lo estaría aunque pasasen cien años.

—Estudiabas Medicina... —dijo su madre, mirando la consulta como si buscara a algún otro médico que pudiera atenderla.

—Sí —dijo él; su atención puesta en Sara, que miraba con absoluta concentración su estetoscopio—. Sara...

Ella extendió su mano, firme y formal, como si aquella fuera una reunión de negocios.

—Qué sorpresa —dijo, y al momento se volvió hacia su madre—. Vamos, mamá, siéntate aquí.

—Estudiabas Medicina... —repitió Isabel, para sí.

El doctor rodeó su mesa para sentarse al otro lado de las dos mujeres. Sara se colocó con gesto inconsciente la corta melena, que apenas le rozaba los hombros; de repente había tenido la sensación de que volvía a tener el pelo largo, tan largo como para que alguien se entretuviera enredando entre sus dedos la punta de su trenza.

—Sí, acabé la carrera ya hace algunos años y ahora estaré cubriendo la baja del doctor García por un tiempo.

—¿Qué le ha pasado al doctor García? —preguntó Isabel, recuperándose de la sorpresa para interesarse por su médico de cabecera.

—Patinó en el hielo al salir de casa y se rompió la tibia. Por suerte fue una rotura limpia que curará sin problemas, pero de momento le toca llevar escayola y descansar. En ocasiones los médicos también somos pacientes.

El doctor Miralles sonrió sin recibir respuesta. Sara se limitó a volver a mirar su reloj. Si alguien le hubiera preguntado la hora inmediatamente después, no habría sabido qué responder. Sus pensamientos estaban tan congelados como la acera de la casa del doctor García.

Javier Miralles. Su nombre resonaba como un eco lejano dentro de su cabeza.

De todos los médicos de España, ¿por qué él? Debería estar en algún hospital de Madrid, o del extranjero, viendo mundo como siempre había soñado, convirtiéndose en el mejor de su especialidad. ¿Y cuándo había decidido ser médico de familia? Siempre había dicho que pensaba elegir obstetricia.

Sintió una punzada en un costado al darse cuenta de que habría una razón poderosa para que hubiese cambiado de especialidad. Se llevó la mano a la cintura y se frotó el punto en el que siempre sentía aquel dolor reflejo, consciente de que era psicósomático.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Javier con aquella voz amable que solían tener los médicos. Supuso que se preocuparía igual por cualquier otra persona que se sentase en su consulta y mostrase un dolor repentino.

—Sí... Es... Agujetas, son agujetas, resulta que ayer estuve en el gimnasio...

Su madre apretó las asas del bolso que tenía sobre el regazo y carraspeó un poco. Sara había dejado el gimnasio antes del verano diciendo que le aburría, ahora todo el deporte que practicaba consistía en clases de baile los viernes por la noche. Le sentaba mejor y le hacía olvidar el estrés de la semana laboral.

—¿Están todos bien? —preguntó el doctor, volviéndose de nuevo hacia su madre—. Su marido, Yolanda...

—Mi padre murió hace dos años —dijo Sara, poniendo una mano sobre las de su madre—. Mi hermana está bien, trabaja en la radio, en un programa musical.

—La experta en música, claro —contestó Javier. Sara estuvo a punto de rogarle que no hiciera aquello, que no la obligara a recordar que tenían un pasado común—. Lamento mucho vuestra pérdida, no sabía nada.

Lo decía en serio y Sara no dudó en creerlo, en otro tiempo se había llevado bien con su padre. Nunca supo qué le dijo aquel día en que les pidió que los dejaran a solas, pero logró ganarse su confianza y su aprecio, aunque luego los perdiera para siempre. En cierto modo, era una suerte que su padre no estuviera allí, todo sería mucho más violento.

—Tu tía Carmen estuvo en el entierro —dijo.

—Hace dos años yo no estaba en España, tal vez por eso no me lo contó.

Pero ahora estaba allí, delante de ellas, con su bata blanca y su pelo rubio perfectamente peinado; los ojos azules como dos faros que un día prometieron guiar el camino de Sara entre la tormenta. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Toda una vida imposible de resumir en cuatro frases de cortesía.

Sara volvió a mirar su reloj, deseando que la consulta terminara de una vez. No podía seguir allí, hablando con Javier como si simplemente fuera un viejo conocido al que te encuentras por sorpresa. Había demasiado dolor en su pasado, un dolor que a veces temía que no se extinguiría nunca.

—Las pruebas... —dijo, señalando con un gesto de la cabeza la carpeta azul con el nombre de su madre que Javier tenía delante.

—Me acaban de entregar el expediente y aún lo estaba revisando —contestó él, abriendo la voluminosa carpeta para leer los últimos informes recibidos.

Isabel siempre había tenido mala salud, complicada con una depresión que arrastraba desde el nacimiento de su segunda hija, por lo que en su momento no le dieron mayor importancia a aquellas fiebres que sufrió tras una grave faringitis. Ahora el doctor les explicaba que ese tipo de fiebre reumática podía afectar al

corazón, secuela que se manifestaba pasados diez e incluso veinte años de la enfermedad original.

Sara hizo las preguntas que le parecieron pertinentes y escuchó las explicaciones que Javier le daba, mirándola a los ojos como si solo estuvieran los dos en la habitación, a la vez que mantenía el tono profesional. Parecía que a él no le afectaba en absoluto tenerla delante.

—¿Es muy grave, doctor? —preguntó Isabel, con la voz ahogada por su respiración fatigosa.

Javier inclinó la cabeza y repasó de nuevo los informes. Sara supo que estaba buscando una respuesta adecuada que no fuera simplemente confirmar lo que ambas intuían.

—Podemos tratar los síntomas y hacer que se encuentre mucho mejor —dijo, sin contestar directamente a la pregunta, antes de resumir el tratamiento y los cuidados que tendría que llevar la enferma en adelante, terminando con una pequeña broma—: Espero que no haya empezado a fumar en estos años.

—No, no... —Isabel sonrió, más aliviada al escuchar que su enfermedad tenía tratamiento—. Prometo hacer todo lo que mandes, si con eso consigo algunos años más para pasarlos con mis hijas.

—Mamá...

Sara ya casi no podía lidiar con tantas emociones. Había ido a la consulta muy preocupada, temiendo que la única solución fuera un trasplante de corazón, o peor, que no hubiera tratamiento para la enfermedad. Ahora sentía cierto alivio, aunque comprendía que igualmente su madre estaba grave y necesitaba de sus cuidados más que nunca. Bajo la mesa, cruzaba y descruzaba las piernas, alisando con gesto mecánico la falda recta que le llegaba apenas a las rodillas.

No supo por qué, quizá simplemente por la disociación de su mente empeñada en alejarse de aquel lugar y aquella situación, recordó el pantalón de peto que tanto le gustaba cuando era una

adolescente. Había ahorrado durante meses para juntar las cinco mil pesetas que costaba. Cuando pudo comprarlo, lo usó hasta gastarlo. Quizá Javier se había imaginado que aún vestiría así y por eso de vez en cuando la miraba de arriba abajo, como si le costara reconocerla. Se alegró de haber elegido aquel traje de chaqueta gris. No era el más bonito de su vestuario, pero le daba exactamente la imagen que quería reflejar en su trabajo: seria y profesional. Un escudo defensivo que siempre le funcionaba y, precisamente en aquel momento, necesitaba emplear a fondo.

Cuando la consulta concluyó, Javier las acompañó a la puerta y se inclinó ante Isabel para dejar que la paciente le besara las mejillas.

—Fue muy triste todo lo que pasó, hijo —dijo su madre. Sara volvió a sentir que su mente se congelaba, incapaz de dar la orden a sus piernas para que siguieran andando, para que la llevaran lejos de aquel lugar y aquella conversación—. Pero erais muy jóvenes, tenéis que olvidar y perdonar. Yo ya lo he hecho.

—Gracias, Isabel.

Su madre salió precedida de la enfermera, que las apremiaba con unos gestos tan irritantes que Sara estuvo a punto de descargar en ella todas las confusas emociones que la mantenían atenazada.

—Adiós —dijo, mirando el pomo de la puerta.

—Sara... —Javier la agarró por el codo y la detuvo, girando el cuerpo para que solo ella lo oyera—. Creo que deberíamos hablar, tú y yo, tranquilamente. Dime el día y la hora, y allí estaré.

El suelo tembló bajo los pies de Sara, que le echó la culpa a los altos tacones de sus botas nuevas.

—No... No sé de qué podemos hablar —le contestó, odiando su titubeo, lo indefensa que se sentía en su presencia.

—Ya no somos dos adolescentes ilusos empeñados en comerse el mundo —dijo él, y se atrevió a reírse un poco ante algún recuerdo que ella no quería ni imaginar—. Podemos hablar como adultos.

Sara volvió a fijarse en las suaves líneas de expresión que le enmarcaban los ojos. La prueba del tiempo que había pasado desde su terrible despedida.

—No creo que sea buena idea —dijo, obligándose a mostrarse serena, firme—. No insistas.

Dio dos pasos hacia la puerta y él tuvo que apartarse para dejarla pasar.

—Entonces, nos veremos en la boda.

La boda. Claro. Él nunca se perdería la boda de su primo. Sara lo sabía desde el mismo día en que los novios le anunciaron la fecha. El 31 de diciembre de 1999 sería el día de su reencuentro. Diez años después de aquel verano de su mayor felicidad y su mayor desgracia.

Lo que no esperaba era verlo antes. Y mucho menos convertido en el médico de su madre.

—Adiós, Javi —dijo. Al ver el gesto sorprendido de la enfermera deseó morderse la lengua.

Ni doctor Miralles, ni Javier, simplemente Javi. Así lo había llamado siempre y no creía que pudiera aprender a llamarlo de otro modo.

Un rato después, Sara dejaba a su madre en casa, bajo los cuidados de Marisa, a la que explicó la nueva dieta y le dejó las instrucciones para que las fuera teniendo en cuenta. La cuidadora de su madre era una mujer de plena confianza, buena amiga además, que se ocupaba de las tareas de la casa y la comodidad de la enferma. Sabía que se encargaría de que siguiera la dieta y demás indicaciones al pie de la letra.

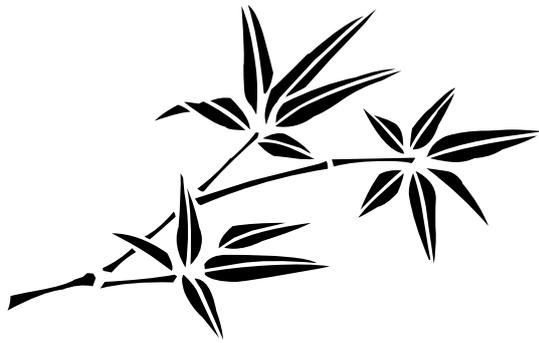
Condujo despacio en dirección al trabajo. De repente ya no tenía prisa, se le había olvidado por completo la urgente tarea de aquella mañana. Solo podía pensar en Javi, en lo extraño que resultaba verlo en aquella consulta, con la bata blanca y el estetoscopio. Entrecerró los ojos y vio la ligera sombra de barba que aún asomaba a pesar de un buen afeitado, enmarcando una

mandíbula fuerte, la boca de labios más rectos de lo que recordaba y la nariz que antes parecía algo grande pero ahora encajaba a la perfección en aquel rostro más maduro. Era el mismo, lo hubiera reconocido entre un millón de hombres de rasgos similares, y a la vez era otro, muy distinto del adolescente del que se había enamorado. Lo que no había cambiado eran aquellos ojos azules que le hacían soñar con mares infinitos.

No quería pensar en la última vez que se habían visto; aún dolía, mucho más de lo que reconocería nunca.

A pesar del dolor de los recuerdos, Sara pensó en aquella tarde de verano de 1988 en la que sus sueños se hicieron realidad. Aún podía oír la voz de un Javi adolescente que llamaba a su primo antes de aparecer en un recodo de la calle. Apretó con fuerza el volante y casi sintió que era el manillar de una bicicleta.

Verano de 1988



Capítulo 1

Sara oyó pasos a su espalda y se movió un poco a la izquierda justo a tiempo de evitar que la arrollase el chico que pasaba a su lado a toda velocidad. Lo vio alejarse a la carrera, pensando que lo conocía de algo. Era un muchacho moreno, con largas piernas asomando bajo las bermudas azules.

Después oyó la voz que lo llamaba: «Carlos, Carlos...». Y supo quién era. Supo quienes eran los dos.

—¿Me dejas tu bicicleta? —le dijo el otro, el perseguidor de Carlos, respirando tan hondo y tan cerca que le alborotó la larga melena a la altura de la coronilla.

Sara apretó muy fuerte el manillar que sujetaba y se dio la vuelta muy despacio, con la vista clavada en sus zapatos, murmurando algo incomprensible. No podía mirarle a la cara. Sería como mirar al sol.

—Ahora te la traigo. Prometido —contestó él, rozándole las manos cuando ella le entregó la bicicleta.

El chico se alejó pedaleando, sin sentarse en el sillín para imprimir más velocidad a la pesada Orbea, llamando de nuevo a Carlos, que ya había desaparecido entre las callejuelas.

Sara tenía los pies pegados al suelo y seguía mirándolos, como si allí estuvieran las respuestas a todas las preguntas que siempre rondaban su mente. Levanta la mirada, dijo una vocecita dentro de su cabeza. Es él. Ha vuelto. Ya es verano.

Javier.

El del pelo rubio y los ojos más azules que Sara había visto nunca.

—¿Y mi bici?

Su amiga Loli salía de casa con una tirita en la rodilla que se había raspado un rato antes, cuando no supo frenar la bicicleta nueva a tiempo.

—Se la llevó un chico.

—¿Un chico? ¿Qué chico? ¿Te la han robado?

Loli ya se daba la vuelta para llamar a su madre y pedir ayuda, pero Sara consiguió reaccionar y agarrarla por el codo.

—Me la pidió prestada.

—¿Y quién era? ¿Lo conocías? Ay, Sara, mi madre me mata si le pasa algo a la bici.

—Era Javi.

—¿Javi? ¿El hermano de María? —Sara negó—. ¿El del quiosco? —Sara volvió a negar, un tanto molesta. Solo había un Javi. Su Javi—. Pues no conozco a ningún otro...

—El madrileño —dijo, notando un repentino ardor en las mejillas.

Al fondo de la calle resonaron voces y gritos. Allí estaban los dos de vuelta. Javi pedaleando delante y su primo Carlos en el sillín trasero, estirando sus largas piernas para no arrastrarlas por el suelo.

Llegaron hasta donde ellas los esperaban, Loli con los brazos cruzados y un gesto de enfado que se fue suavizando al ver

a aquellos dos chicos tan guapos haciendo el bobo. Sara podía saber lo que pensaba su amiga casi sin mirarla, y solo pudo rezar porque eligiese al moreno.

—Ya decía mi horóscopo que esta semana conocería al hombre de mi vida. —Dijo su amiga, arreglándose la media melena ondulada—. Cierra la boca, tía, que aún te va a entrar una mosca.

Al llegar a su altura, Javi frenó con fuerza y giró la Orbea, haciéndola derrapar. Carlos tuvo que apoyar un pie en el suelo para no caerse.

—Me mola tu bici —le dijo a Sara, que volvió la atención a sus pies, temiendo que si él la seguía mirando a los ojos se derretiría como un cubito de hielo al sol.

—¡Pero si es rosa! —se burló Carlos—. Solo le falta un cestito para llevar flores.

—La bici es mía —dijo Loli, acercándose para agarrar el manillar—. Y más os vale que no tenga ni un arañazo.

Los primos se rieron y bromearon con ella. Loli hinchó el pecho y se volvió a colocar la melena, como un pavo real extendiendo la cola. Estaba acostumbrada a que alabaran su belleza, incluso su pequeño grupo de amigas sentía una admiración por ella que a Sara le parecía un poco excesiva. Era mona, sí, alta y demasiado delgada, con los ojos oscuros y expresivos y una piel blanca que se ponía morena al primer rayo de sol. También era divertida y muy habladora; Sara sabía que a eso se le llamaba ser «extrovertida». Exactamente lo que ella no era.

Aprovechando que su amiga los tenía entretenidos preguntándoles cuál era su signo del zodiaco, Sara se atrevió a mirar a Javi. Tenía el pelo más oscuro que el verano anterior, pero ella sabía que el sol de julio volvería a aclarárselo. Su sonrisa, sin embargo, era la misma que había enamorado a una niña de trece años; que la seguía enamorando tres veranos después.

Era su oportunidad. Estaba allí, a dos pasos de ella, charlando tan tranquilamente con su amiga. Ojalá supiera cómo aprovecharla. En

realidad, Sara se sentía desdoblada. Sabía que estaba allí, con los pies enraizados en la acera, y al mismo tiempo estaba muy lejos, incapaz de ordenarles a sus piernas que se movieran, a su boca que se abriera, a su mente que formara las palabras para decir algo divertido, ingenioso, algo que enamorara al chico que vivía en sus sueños desde hacía tres años.

—Yo te conozco —dijo él de repente, acercándose para mirarla mejor—. Eres la princesa.

Si su cuerpo le hubiera obedecido, Sara habría salido corriendo en aquel momento, cualquier cosa menos notar cómo sus mejillas volvían a enrojecer y el calor le bajaba hasta el cuello.

Él se acordaba de aquel encuentro. Ya podía morir feliz.

Tres años atrás, Sara vagaba sola y aburrida por Morella. Loli se había ido con otras amigas mayores a la playa a Benicarló, pero ella no había podido acompañarlas. No tenía dinero ni para pagar el billete de autobús, así que se inventó que tenía que ayudar en la frutería familiar. En el paseo de la Alameda arrancó una flor que se colocó sobre la oreja. Javi la encontró sentada sobre un muro de piedra, trenzando su larga melena, con la falda de su infantil vestido blanco, que le quedaba corto y muy apretado, extendida para que no se arrugase.

—Qué suerte, Carlos, hemos encontrado a la princesa —dijo al verla, señalando el castillo que le hacía de hermoso marco a sus espaldas.

Su primo soltó una risotada y se sentó en el suelo, al lado de Sara, resoplando por el intenso calor.

—No le hagas caso a mi primo —le dijo, sacándose un Bollycao del bolsillo y abriendo el plástico que lo envolvía—. Le pasa como al Quijote, lee demasiados libros, y ahora se ha empeñado en que el castillo tiene que estar embrujado. —Sara aspiró el aroma dulzón del chocolate y notó que sus tripas protestaban—. ¿Quieres? —le ofreció Carlos, ella se apresuró a negar con la cabeza—. Oye, Javi, tu princesa es muda.

—No soy muda —se atrevió a contestar, abrumada por aquellos dos chicos mayores, mucho más altos, y demasiado guapos.

—¿Cómo te llamas, princesa?

—Sara.

—Sara —repitió él, paladeando su nombre como si fuera el relleno del bollo de su primo—. La princesa Sara, la niña más bonita de Morella.

—Venga, vamos a comprar unos helados —dijo Carlos, que se había zampado el Bollycao en segundos.

Javi seguía mirando a Sara, que tenía cruzadas las manos sobre el regazo y encontraba muy interesantes los pliegues de sus nudillos.

—¿Vienes, Sara?

—Yo... No puedo. Tengo que esperar a mis amigas —se inventó, solo porque se sentía demasiado tonta y poca cosa al lado de aquel chico que parecía recién salido de un programa musical de la tele, con su polo Lacoste y su flequillo demasiado largo.

Carlos agarró a su primo por un brazo y tiró de él, quejándose de que estaba muerto de calor y que tenían que haberse ido a la piscina o al río, como todo el mundo, y no quedarse allí muertos de aburrimiento.

Cuando Sara se atrevió a levantar la mirada, ya se alejaban por el camino, pero Javi aún se volvió y levantó una mano para despedirse.

Y ahora, tres años después, él aún se acordaba de ella. Eso la hacía tan feliz que se sentía mareada. No creía que contara los días para volver a Morella, como ella los contaba antes de cada verano, esperando verlo aunque solo fuese en la distancia. Así había sido su vida desde aquella tarde en el castillo, ver pasar los meses, ansiando la llegada de julio y de los veraneantes. La llegada de Javi, el madrileño, siempre rodeado de una pandilla de primos y amigos, y de chicas mayores, más guapas, más decididas

y más divertidas que Sara. Nunca, en aquellos tres años, habían vuelto a cruzar una palabra.

Hasta aquel momento en que él, ignorando a Loli, que coqueteaba descaradamente con los dos primos, se le acercó y recordó que era la princesa que una vez encontró al pie del castillo.

—Dime, princesa, ¿cómo era tu nombre?

—Sara.

—Sara... —Javi se quedó un momento pensativo y luego comenzó a tararear—: Sara, dulce Sara...

—Vamos, cantante, que nos están esperando —dijo Carlos, acercándose para romper la magia del momento.

—¿Adónde vais? —preguntó Loli.

—Es un secreto —contestó Carlos, guiñándole un ojo antes de darle un puñetazo en el hombro a su primo para que dejara de mirar a Sara—. No te enrolles, Charles Boyer, que los bombones se derriten al sol.

Si Sara hubiera sido tan descarada como su amiga, tal vez en aquel momento se hubiera atrevido a quejarse de que Carlos siempre se empeñaba en llevarse a Javi cuando estaba hablando con ella, como si le molestara que su primo le prestase demasiada atención a otra persona. Como no lo era, se limitó a verlos marcharse, imaginando que los bombones que los esperaban no eran precisamente de chocolate, y aún así disfrutando para sus adentros de cada palabra que le había dirigido, y del increíble descubrimiento de que se acordaba de ella tres años después de su encuentro en la Alameda.

—¡La niña más bonita de Morella! —le gritó antes de doblar la curva de la calle y desaparecer.

—Estás roja como un tomate —dijo Loli, riéndose en su cara.

—Tengo que irme, me toca hacer la cena.

—Ahora no te escapes, que te toca montar en la bici.

Su amiga se empeñaba en enseñarle a andar en bicicleta. Sara nunca había tenido una y por eso nunca había aprendido. Ahora,

con dieciséis años, diecisiete en septiembre, le daba una vergüenza terrible andar dando bandazos por las calles del pueblo. Una de las cosas que más temía era hacer el ridículo en público. Se preguntó si encontraría algún libro sobre ciclismo que le ahorrase las clases de Loli.

—De verdad que me tengo que ir, ya me enseñarás otro día.

—Ay, hija, cómo eres. —Loli apoyó la Orbea en la fachada de su casa y se encogió de hombros.

—Hasta mañana —dijo Sara, emprendiendo la huida.

—Oye, esos dos están muy buenos, ¿verdad? —Sara se mordió el labio inferior, pero ni siquiera eso consiguió evitar que enrojeciera de nuevo—. A ti te gusta Javi, ¿verdad? Podéis hacer buena pareja, porque él es tauro y tu virgo, que son signos de tierra muy compatibles. Yo me quedo con Carlos, que es acuario, la pareja perfecta para una géminis como yo.

—Yo no he dicho que me guste —protestó Sara, sin hacer mucho caso a toda aquella historia de signos compatibles.

—Se te nota a la legua.

—No se lo vayas a decir a nadie —rogó, antes de darse cuenta de que con aquellas palabras confirmaba la sospecha de su amiga.

—Claro que no, tonta.

—Me voy.

—Vete, anda, que mañana no te libras de la clase de bici.

Dijo adiós con la mano y se alejó por la calle estrecha, camino de su casa.

El sol comenzaba a bajar en el horizonte y con él la temperatura, que nunca era demasiado alta en Morella, ni siquiera en pleno julio. Sara tenía que estar pronto en casa para ayudar con la cena. Su madre era una persona débil que enlazaba una enfermedad con otra; las consultas, los medicamentos y las horas que su padre perdía en el trabajo para acompañarla al médico, consumían los escasos ingresos de la frutería. Por eso Sara nunca había tenido una bicicleta, y por eso usaba la ropa hasta que se

gastaba o ya no le entraba. Así había sido su vida siempre, y normalmente no se quejaba, lo tenía asumido. Hasta que llegaban los veraneantes, como aquellos chicos madrileños, con sus polos del cocodrilo y el bolsillo de los Levi's lleno para comprarse bollos y helados. Los sentía tan lejanos e inalcanzables como a las estrellas de Hollywood, y eso dolía.

Al enfilar su calle vio a su hermana sentada en la puerta de casa comiendo pipas. Se sentó a su lado y le pidió unas pocas.

—¿Ya sabes andar en bici?

—Qué va.

—Oye, si tú no aprendes, dile a Loli que yo sí que quiero que me enseñe.

—¿Para qué? Tú y yo no vamos a tener una bici nunca.

—Hija, cómo eres.

Las mismas palabras que su amiga. Cómo eres. Sara no estaba muy segura de cómo era. Callada, retraída, siempre un poco triste, porque no podía evitar pensar en su madre y en si algún día la vería curada. E introvertida, otra palabra que había aprendido en aquel libro de la biblioteca, significaba que miraba más hacia dentro de sí misma que hacia el exterior. Así pensaba ella que era, pero tenía la impresión de que los demás la veían de otra manera.

—Yolandita, ¿me ayudas con la cena?

—Hoy te toca a ti. Y no me llames Yolandita, que ya tengo catorce años.

—Ya lo sé. Y cada día más guapa. —Se sacudió la sal de las pipas de las manos y pasó una por la larga coleta de su hermana, jugando con la punta—. ¿Me ayudas?

—Tienes mucho morro, ¿sabes?

Sara le dio un tironcito del pelo y se puso en pie, empujando la puerta de madera de la vivienda baja en la que vivían.

—Oye, ¿tú conoces una canción con mi nombre? Algo como: Sara, dulce Sara.

—Claro, la de El Último de la Fila.

—¿Es nueva?

—Ay, Sara, deberías escuchar más la radio y pasar menos tiempo en la biblioteca.

Entraron juntas en casa, temblando un poco al encontrarse en el pasillo oscuro de piso de gres. Incluso en pleno verano aquella casa era un refrigerador. No era de extrañar que su madre siempre estuviese enferma.

—¿Me la cantas?

—¡Espera!

Yolanda salió corriendo hacia su habitación y volvió al poco con su pequeño radiocasete, el que le había regalado la abuela de Castellón por su cumpleaños, todo un lujo con su radio, su altavoz mono y el reproductor de casetes que también podía grabar.

—¿Ahora me vas a poner la radio? —preguntó Sara, entrando en la cocina con su hermana detrás.

—Mejor.

Su hermana se sacó del bolsillo una cinta virgen en la que había puesto una pegatina que decía «The best». Le encantaba usar palabras en inglés desde que había empezado a estudiarlo en el colegio.

Metió la cinta en el reproductor y apretó el botón de avanzado rápido, lo detuvo y pulsó el de reproducir, sonó una canción que Sara pudo reconocer, *Eloise* de Tino Casal. Repitió la operación, avanzando la cinta un poco más, y entonces comenzó a sonar una guitarra.

No es que el tiempo lo cure todo, pero puede ayudar.

Yo no supe cómo tratarte, no doy para más.

Sara, dulce, cuéntame el secreto azul...

—¿Qué hacéis? Bajad eso ahora mismo.

Su padre había aparecido en la puerta, con los ojos enrojecidos y los hombros cargados de cansancio. Yolanda apretó el botón de *stop* y lo miró con cara de susto. Rara vez les gritaba así y las dos hermanas se temieron que fuera a darles la terrible noticia que siempre estaba rondando sus pensamientos.

—¿Ha...? ¿Ha pasado algo? ¿Mamá...?

—Mamá está descansando, el médico dice que necesita tranquilidad y mucho reposo. Y a vosotras se os ocurre montar una discoteca.

Sara vio que a su hermana le temblaba el labio inferior y le agarró la mano, apretándosela para darle fuerzas.

—Es una canción muy bonita —dijo Yoli, con los ojos llenos de lágrimas—. Seguro que a mamá le gustaría.

—Ahora no está para canciones. Venga, poned con la cena, que tiene que comer algo para tomarse las medicinas.

Yolanda abrió el pequeño frigorífico y miró en su interior, bastante vacío, como si buscara algo. Cuando su padre se dio la vuelta y se marchó, volvió a cerrar la puerta y miró a Sara, que ya estaba encendiendo el fuego para calentar la sopa, el único plato que su madre comía a diario.

—Cómo se pone... No estábamos haciendo nada malo.

—Está preocupado.

—Nosotras también estamos preocupadas.

Yoli se sentó a la mesa de la cocina, con los brazos cruzados, tan enfadada como triste. Sara le pasó una mano por los hombros y le dio un suave abrazo.

—Se va a poner bien, ya lo verás.

—No lo sé, Sara, no sé nada. Mamá siempre ha estado enferma, desde que nací, y encima voy y le contagio mi dolor de garganta.

—Yo también tuve ese dolor de garganta, ¿te acuerdas? A lo mejor se lo pasé yo, pero da igual, eso no importa, no es culpa de nadie y no es cierto que siempre haya estado enferma. —Sara

volvió a sus tareas, removiendo la sopa con un cucharón de madera—. Me acuerdo de cuando eras un bebé y nos llevaba a las dos de paseo.

—¡Qué te vas a acordar! Solo me llevas dos años.

—Casi tres, y sí que me acuerdo. Una vez en las fiestas nos compró un algodón de azúcar de fresa y nos peleábamos por ver quién comía más rápido.

—Yo no me acuerdo de nada. Solo de mamá siempre en cama y papá siempre preocupado.

—Ya pasará —dijo Sara, alcanzando de la alacena los platos soperos—. Verás que pasará, y volveremos a estar todos bien.

Tenía que ser fuerte por su hermana. Su padre hacía tiempo que ya no era el mismo, había perdido su buen carácter y su paciencia, que Sara tanto añoraba. Y su madre... Su madre se dejaba derrotar poco a poco por la enfermedad, sumando a la mala salud física una pena que los médicos llamaban depresión.

No era justo. Ellas solo eran dos niñas, dos chicas casi, que deberían estar disfrutando de sus vacaciones escolares, del sol y de la playa. Y en vez de eso tenían que vivir en constante preocupación, no solo por la salud de su madre, sino también por la economía familiar, cada vez más mermada, siempre con la preocupación de perder la clientela por los horarios erráticos de la frutería.

«No es que el tiempo lo cure todo, pero puede ayudar...», tarareaba Yoli, muy bajito.

—Es muy bonita, ¿verdad? —dijo Sara. Pensar en Javi le ayudaba a olvidarse de todas las penas.

—Mucho mejor que esa *Yolanda, eternamente Yolanda*, que tanto le gusta a mamá y que me parece un tostón.

Sara se rió y terminó de preparar la bandeja para llevarle la cena a la enferma. Otro día más haciendo de ama de casa y de madre de su hermana. Esa era su vida y hacía un esfuerzo diario para no quejarse ni rendirse.

Y ahora que había visto a Javi, y que le había cantado su canción, se sentía con fuerzas para seguir y hacer frente a todo lo que le tocara. Nada le quitaría aquel momento, su sonrisa luminosa, el brillo de sus ojos azules, y su voz gritando cuando se alejaba: «La niña más bonita de Morella».